

tros pecados por tu santo Nombre." Basta esto; no podría yo trasladar aquí todos los oficios y ceremonias de la Liturgia de la Cuaresma, especialmente de la Semana Mayor. ¿Pero qué es esto, sino el espíritu de Expiación que todo lo penetra, que lo anima todo, que todo lo dirige en este tiempo de penitencia?

22.^a pregunta.—¿De dónde le viene á la Iglesia este grande espíritu de Expiación que verdaderamente sorprende?

Respuesta.—Le viene por su origen, lo tomó desde su nacimiento, lo recibió por una herencia perpetua é inexhausta, que no puede gastar ni perder.

23.^a pregunta.—Explicad esto que llama mucho mi atención.

Respuesta.—Eva, la primera madre del género humano fué formada del cuerpo de Adán, mientras estaba sumergido en un profundo y misterioso sueño

que Dios le infundió. [Gen., C. 2-21]. Después, al presentársela Dios á Adán, exclamó éste: *Hoc nunc os ex osibus meis.* (Id. v. 23). "Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne," manifestando que Eva participaba de su misma carne y era de su misma naturaleza. Cuando el Eterno realizaba en la plenitud de los tiempos esta figura en el segundo Adán, su mismo Hijo, y levantado en el lecho de la Cruz lo entregaba al sueño de la muerte voluntaria á que él mismo se sujetó por obedecer á su Padre, entonces se cumplía este vaticinio de David. (Ps. 126). "*Sic dabit Dilecto suo somnum et ecce hæreditas Domini, filii merces, fructus ventris.* (Juxta Hebraic). Así, un día adormecerá Dios á su querido Hijo, y por recompensa de su amor y de su dolor, se verá nacer como un fruto de su seno, su familia, la herencia del Señor." Además de

éste, se cumplía otro vaticinio, igualmente claro. (Isaías 53, 10) "*Si posmerit pro peccato animam suam, videbit semem longebum.* Si ofreciere su vida por el pecado, verá una descendencia muy duradera."

Confrontemos para más explicar estos vaticinios, con la historia de la grande Expiación, como la refiere el Evangelista San Juan, Cap. 19, v. 34. "Mas uno de los soldados le abrió el Costado con una lanza y salió luego sangre y agua." Y San Agustín, en el Tract. 120, in Joann., dice: "En estado del que está tendido y duerme, aquel segundo Adán, habiendo inclinado la cabeza, se durmió en la Cruz, para que de ahí se formara la consorte que brotó del Costado del que dormía." Esta consorte, según la unánime interpretación fué la Iglesia.

Ved el origen de la Iglesia, el momento en que nace, la cir-

cunstancia y de dónde nace. Es hija, es esposa de Jesucristo, es su heredad. *Hereditas Domini filii*, es el fruto de la grande y divina Expiación; nace del Costado de la divina Víctima abierto con la lanza. Así como Adán reconoció en Eva ser hueso de sus huesos y carne de su carne, así el segundo Adán tiene que reconocer en la segunda Eva, su Esposa la Iglesia, el espíritu de su Espíritu: y si el espíritu de la divina Víctima desde su encarnación hasta su muerte, fué un espíritu de Expiación, pues para esto se hizo hombre, para hacerse Víctima, el espíritu de su Iglesia debe ser un espíritu de expiación. Y por lo que toca á nosotros, hijos de la Sta. Madre Iglesia, á quien debemos parecer-nos; porque *Filii Matrisant*, los hijos sacan á sus madres; ¡q é deber tenemos de participar y de conformarnos en todo con el espíritu de Expiación de nues-

tra querida Madre la Iglesia! Ninguna oportunidad mejor para participar y revestirnos del espíritu de nuestra Madre, que ahora que nos ofrece el Templo Expiatorio y la expiación perpetua. Nueva gracia, gracia eficaz, abundante y poderosa, de la cual debemos aprovecharnos; porque de lo contrario, se nos espera una terrible responsabilidad ante el juicio de Dios.

24.^a pregunta.—¿Qué me decís del carácter que esta Expiación y su Templo deben tener: Expiación Nacional, Templo Nacional Expiatorio?

Respuesta. — Aquí conviene citar las palabras del Ilustre Señor Abad, promotor de la Obra: "*Cuando las naciones han pecado, la expiación debe ser nacional.*"

Este carácter quiso Dios darle á la Expiación que impuso al pueblo de Israel por ministerio de Moysés: [Levit. cap. 16.] á la vez que también el carácter de

perpetuidad: En el versículo 29: "*Eritque vobis hoc legitimum sempiternum.*" Y esto será para vosotros un estatuto perpetuo. Y en el versículo 34, se repite con las mismas palabras. Así lo han comprendido y practicado las naciones católicas. Por esto el Ilmo. Sr. Arzobispo, en su Edicto de 17 de Diciembre del año próximo pasado 1896, cita muy oportuna y acertadamente este ejemplo, son sus respetables palabras: "Al verse la Francia católica vencida en la sangrienta guerra franco-prusiana, tuvo aquella derrota como un castigo del cielo; y para aplacar la justicia del Dios de los Ejércitos, concibió el pensamiento de levantar en Montmartre el célebre Templo Expiatorio, y con juramento se obligó á edificarlo, llamándole por esto el Templo del *voto nacional.*"

Mas éste no fué el primero y edificante ejemplo que esa gran-

de nación diera al mundo. Antes, cuando enloquecida con la furia de las pasiones de aquella que por antonomasia se ha llamado *la revolución francesa*, cometió el espantoso regicidio en la honorabilísima persona de Luis XVI; después que la calma sucedió á aquella tempestad, el pueblo francés se humilla ante Dios, se avergüenza ante las demás naciones, y en el Cementerio de la Magdalena de París, donde descansan los restos del infortunado monarca, levanta una hermosa Capilla ó Templo Expiatorio. Así, pues, ya que la historia no puede arrancar de sus páginas aquel hecho tan criminal, al menos queda contrabalanceado por el arrepentimiento y la satisfacción que el Templo Expiatorio transmitirá á las generaciones futuras.

Si una nación encontrándose culpable como la Francia en el pasaje referido, quisiera escudar

se diciendo: “no soy yo ni la primera ni la única nación que ha cometido tales crímenes; los ha cometido la grande y civilizada nación francesa:” se le puede aplicar aquello de San Ambrosio al Emperador Teodosio, que alegaba que un rey como David había sido también adúltero y homicida: “*Sicutus es errantem sequere penitentem.*” Has seguido á David pecador, síguete ó imítale arrepentido. ¡Oh, tú, nación, quien quiera que seas! has imitado á la Francia en el regicidio; imítale en la penitencia, en levantar un Templo Nacional Expiatorio.

25.^a pregunta.—¿Tenéis algo que explicar sobre la adoración perpetua con relación á la Obra de la Expiación Nacional y del Templo Expiatorio?

Respuesta.—Hemos llegado al punto más importante y delicado, al punto principalísimo de la doctrina de la Expiación. Yo

me conozco y me siento enteramente insuficiente para abordarlo; y así me confieso delante de Dios y de los hombres. Sin embargo, fiado en su divino auxilio, que humildemente imploro por intercesión de su Santísima Madre María, diré lo siguiente: La doctrina católica nos enseña que la Santísima Eucaristía no solo es Sacrificio, sino también uno de los Sacramentos de la Nueva Ley. Si verificada la consagración en el Sacrificio, se reservan las sagradas especies que fueron consagradas, ahí se tiene la presencia real de Jesucristo, ahí está Jesucristo real, verdadera y substancialmente. (Conc. Trid. Secc. 13, Cap. 1.º) Hemos hablado de las relaciones de la Expiación con el Sacrificio: réstanos hablar ahora de las relaciones de la misma con el Sacramento.

26.ª pregunta.—¿De qué manera se encuentra Nuestro Se-

ñor Jesucristo en el Santísimo Sacramento?

Respuesta.—Se encuentra en estado de Víctima. [Escuchad al Cardenal Franzelin, obra citada, Th. XVI, tratando de la razón formal intrínseca del Sacrificio de la Misa]: Decimos que Cristo reviste un estado de Víctima, por lo mismo que se constituye en un estado y en un modo Sacramental de existir, en estado de alimento y de bebida. Los Padres enseñan claramente que la razón formal del incremento Sacrificio consiste en *la acción* en cuanto produce un estado de alimento y de bebida en el Cordero Inmaculado, y por tanto la razón formal de la Víctima en sustancia, consiste en este mismo estado de alimento y bebida, al cual justamente declaran mactación y cierto anadamiento de Cristo según su humanidad. Por esto San Gregorio Nyssen. [De Ressurrect.

7. 2.) dice: que Cristo en la última Cena se anticipó al ímpetu de los judíos, y ya entonces se ofreció en sacrificio y puso ó dió su vida, no á la verdad muriendo, sino constituyendo de un modo inefable su Cuerpo comible; en cuyo estado cesan las funciones ú operaciones connaturales y los actos vitales del cuerpo, juntamente con el modo natural de existir; en cuanto que aquellas [las funciones] dependen de este (del modo de existir) y por tanto en las relaciones extrínsecas el cuerpo se tiene en aquel estado, como si realmente estuviera inanimado, es decir, no porque no esté ahí su alma santísima, sino porque está sin movimiento alguno. Entonces, pues, dice el mismo S. Gregorio, claramente se manifestó que el Sacrificio del Cordero estaba ya perfecto; porque no sería el cuerpo del sacrificio á propósito para comerse, si es-

tuviera animado, *esto es*, si estuviera en las funciones naturales y en los modos de existir del cuerpo humano viviente, (como torpemente lo entendieron los Cafarnaitas: *¿Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?*—Joann. 6. 53. ¿Cómo nos puede éste dar su carne á comer? Cuando, pues, les presentó á sus Apóstoles la noche de la Cena su Cuerpo para comerlo y su Sangre para beberla, como participación de la víctima; ya de un modo inefable y nunca visto, su Cuerpo estaba inmolado, como había sido del agrado al poder del que realizaba aquel misterio.

Claramente y con la misma palabra de *anonadamiento* que usó el Apóstol (Philip. 2. 7.) hablando de la Encarnación del Verbo, que sin deponer algo de la divinidad, sino tomando la naturaleza humana, se anonadó á sí mismo. Dionisio Alejand.

ilustró este punto diciendo: “*Se anonadó á sí mismo*; por lo cual, con el nombre de anonadamiento se llama el inenarrable misterio, y el nuevo testamento de Dios, cuando El mismo se nos dá en la mística Cena.”

En este estado y modo de existir sacramental, en que Cristo Señor Sumo Sacerdote, se constituye por la consagración, ofrece la expiación de la absoluta dependencia que tienen todos los hombres de Dios, y al mismo tiempo la debida satisfacción por nuestros pecados, dada ya en la Cruz y que se aplica ahora en el continuo Sacrificio de la nueva alianza. ¡Oh anonadamiento inefable! ¡Oh profunda humillación! ¡Oh estado de Víctima en que por mi amor se constituye el Primogénito de toda criatura, la Cabeza de la Iglesia, el que tiene el primado de todas las cosas! (Coloss. I. 15. 18.)

En este estado de víctima, en este profundo anonadamiento, Jesucristo se presenta y se ofrece continuamente desde el altar donde está sacramentado, ante el acatamiento de su Padre celestial, como Víctima de expiación por nuestros pecados, satisface por ellos, aplicando la satisfacción infinita que rindió en la Cruz; aplaca y detiene la Justicia divina provocada incesantemente por los pecadores; haciendo descender en lugar de los castigos merecidos, gracias abundantes de conversión y de santificación para sus hermanos los hombres, entre quienes ha elegido vivir y permanecer sacramentalmente. En esta seguridad y con plena confianza, la Iglesia ofrece por su parte al Padre celestial esta Víctima expiatoria, diciendo desde su destierro: *Respice in faciem Christi tui*. Mira, ¡oh Padre! Atiende al Rostro de tu Hijo. Y el mismo Padre ce-

lestial recibe y acepta con placer esta divina expiación: así lo ha declarado solemnemente por tres veces al dar testimonio de su divino Hijo durante su vida mortal; en el Jordán, en el Tabor, en el Templo de Jerusalem.

"Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacur. Este es mi Hijo, el amado, en quien yo mucho me he complacido." (Math. 17, 5).

27.^a pregunta.— ¿Qué debemos hacer en vista de esta admirable Expiación?

Respuesta.— Primero: acercarnos á este augusto Sacramento donde sólo se encuentra la verdadera Víctima expiatoria; acercarnos para ser iluminados y conocer á Jesucristo como víctima, porque es en Jesucristo crucificado y en Jesucristo Sacramentado donde como en un libro divino debemos estudiar y conocer las grandes é importantes verdades de nuestra salva-

ción; y entre ellas la necesidad que tenemos todos de satisfacer y de expiar nuestros pecados durante la vida, que es el tiempo de misericordia que se nos ha dado, antes que las tinieblas de la noche de nuestra muerte nos sorprendan.

Segundo: No desalentarnos por la grande deuda de expiación que tenemos para con la Justicia Divina, y la dificultad que nuestra profunda miseria nos opone para pagarla. Antes bien, unir nuestras pequeñas y pobres obras expiatorias á la expiación continua y poderosa de la divina Víctima sacramentada para que obtengan el valor que por sí mismas no alcanzan.

Tercero: Frecuentar el Templo expiatorio de día y de noche, á todas horas, para llegar á participar con la mayor abundancia del espíritu de expiación, cuya fuente infinita es Jesucristo

Sacramentado en estado de Víctima, según queda dicho.

28.^a pregunta.—¿Qué me decís de la adoración perpetua con respecto á la Expiación?

Respuesta — La adoración sacramental perpetua, es un acto de religión y de piedad por el cual se tributa un culto especial al Santísimo Sacramento, que debemos creer llena y satisface los deseos amorosísimos de Ntro. Señor que en este augusto Misterio realiza esta consoladora expresión: “Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.” [Prov. 3, 31. Es en la adoración perpetua cuando la fe, hace sentir vivamente el cumplimiento de esta promesa que el Divino Salvador hizo poco antes de subir al cielo: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo.” [Mathei, 28, 20]. La adoración perpetua llenará un hueco para los amantes del Santísimo Sa-

cramento, que deja el Jubileo Circular, suspendiéndose, según se practica entre nosotros, durante las horas de la noche.

Y con respecto á la expiación: Jesucristo perpetuamente expuesto en el altar dirigirá sin cesar una dulcísima invitación á los hombres para que se ejerciten y ocupen de la Obra de la Expiación; invitación tan eficaz é insinuante, que sólo será desoída por aquellos que absolutamente carezcan de fe. ¿Quién podrá conocer la abundancia de gracias que brote de esa divina Víctima, de esa copiosa Fuente? ¿Cuántos, aún incrédulos, después de haber entrado á ese Templo Expiatorio, nuevo Calvario, donde perpetuamente se sacrifica con una muerte mística, la divina Víctima, saldrán de ahí, hiriendo sus pechos y admirados del prodigio de amor, del Dios con nosotros, del Dios escondido; repetirán aquella con-

fesión del soldado romano: "*Verre Filius Dei erat iste*. Verdaderamente Hijo de Dios era éste." [Mathei, 27, 54].

29.^a pregunta.—¿Qué conveniencia resulta á la Obra de la Expiación, del Templo mismo?

Respuesta.—Que habiéndose construido desde sus cimientos y dedicándose á este objeto por toda la Nación, será su lugar predilecto para las obras expiatorias. Los monumentos, y sobre todo, los de primer orden, como un templo, son erigidos para transmitir los hechos á las generaciones venideras y atestiguar su verdad. Ese Templo, con la fecha de su dedicación, es un libro en donde queda escrita también la fecha del día de la Grande Expiación Nacional Mexicana. Y después de muchos siglos, la última piedra de sus muros ó de sus cimientos, al ser quitada de su lugar, dará este testi-

monio: "*Soy una de las piedras con que se construyó en este lugar el Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús y en donde se verificó la Expiación Nacional el año de 1897. 5 de Febrero.*"

Dentro de poco le veremos enriquecido con especiales privilegios y gracias por la Santa Sede. Es de esperarse que allí se encuentren á toda hora, celosos confesores dispuestos á purificar las almas y disponerlas para la expiación. El Templo expiatorio, con su adoración sacramental perpetua, será el imán de todos los corazones mexicanos; ellos, al venir de todos los Estados de la gran Confederación Mexicana, de sus ciudades y pueblos, aun los más lejanos, para incorporarse, siquiera un breve rato, con los adoradores perpetuos, realizarán estas bellas expresiones del Salmo 85, v. 9: "Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán,